

Estalinismo y Religión Política: entre la ficción y los acontecimientos históricos

Eloísa SUÁREZ LÓPEZ- ZURIAGA

Universidad Complutense de Madrid
elosuarez@hotmail.com

Recibido: 15/11/2008

Aprobado: 20/12/2008

Resumen

Este artículo pretende investigar el concepto de religión política y luego aplicarlo al hecho histórico-político del Estalinismo. Se van estudiar diferentes puntos de la doctrina marxista-leninista para esclarecer en qué medida obedece en ciertos aspectos a las premisas de una religión política. Por último, se analizará la novela distópica como elemento surgido en reacción a la experiencia estalinista, la cual a su vez incluye elementos de religión política en su trama.

Palabras clave: Estalinismo, religión política, herejía, ideología, comunidad, distopía.

Abstract

This article has the intention to investigate on the concept of political religion with the aim to apply it to the historical-political fact of Stalinism. Different points of the Marxist-Leninist doctrine will be studied in order to show how they suit to the premises of a

political religion. Finally, the dystopic novel will be analyzed as an element arisen as a reaction to the Stalinist experience, which in its development contains, on its turn, elements of political religion.

Keywords: Stalinism, political religion, heresy, ideology, community, dystopia.

1. Definición de “religión política”

La definición del término “religión política” es difícil a la vez que confusa, pues hay que diferenciar entre religión civil (referido a una forma de sacralización de la política y sus símbolos en el marco de las democracias, como puede observarse en EEUU, entre otros ejemplos) y también entre la teología política de la que habla Carl Schmitt (quien sostiene que muchos de los conceptos políticos no son más que conceptos secularizados de la teología). Asimismo hay que tener en cuenta que las religiones políticas tienen un punto de partida distinto al de las teocracias, ya que éstas legitiman el poder político desde la divinidad. No es este el caso de la religión política, puesto que en ésta se trata de una ideología política que se apropia de elementos religiosos para dar forma a todo un nuevo constructo social.

El término que nos ocupa debe entenderse en el contexto del estudio de los regímenes totalitarios, como fueron el estalinismo y el nacionalsocialismo. Se trata de un concepto radicalmente transformacional. No contiene en sí un sistema de creencia espiritual; utiliza estructuras religiosas y simbolismos para propósitos político-ideológicos. Además suele buscar el desplazamiento y la erradicación de las creencias religiosas tradicionales.

Hay ciertos aspectos estructurales que nos permiten acotar el término para poder, posteriormente, ofrecer una adecuada definición: En primer lugar, observamos la diferenciación nosotros-ellos. En el caso de las religiones políticas las diferencias las marcan parámetros de nacionalidad, clases sociales o raza/sangre. De ahí que Hannah Arendt considerara los regímenes totalitarios como movimientos esotéricos, en los cuáles los círculos de los que estaban incluidos en la comunidad quedaban perfectamente delimitados de los que quedan excluidos¹. Con ello el concepto religioso de la herejía cobra gran fuerza, ya que supone la traición máxima, el ostracismo y la expulsión de la comunidad del *nosotros*.

En segundo lugar, tiene una gran relevancia el líder carismático y todo el entramado que gira a su alrededor. El culto al líder y la creencia en sus cualidades sobrenaturales crearán una sociedad de fieles, que lo venerarán como a una divinidad. Este líder tiene tendencias mesiánicas, que desbancan a la divinidad tradicional. Se cree que éste es infalible, ya que articula una ideología que promete la salvación en el mundo, sin tener que esperar al más allá. Con este *mito de la salvación* (Hans Maier)² se desvanece el vínculo hacia un dios trascendental, ya que son metas mundanas las que conducen al hombre hacia su salvación. Está acepción suscita un gran interés, ya que justificará la dominación y los medios empleados por el líder, que guía a sus adeptos. Al igual que la religión política ofrece salvación en la tierra, como un modo de alcanzar el paraíso, no obstante, tiene necesariamente que amenazar con la condenación en la tierra, esto es, con el infierno, como podían ser las deportaciones a Siberia.

1 Cfr. Arendt, H. *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace & Co., 1951.

2 Cfr. Maier, H. & Bruhn, J. *Totalitarianism and Political Religions*, London, Routledge, 2004.

En tercer lugar, observamos un énfasis en los rituales y fiestas. Éstas están orientadas a través de la propaganda y tratan de ensalzar los valores de la ideología a través de desfiles militares y puestas en escena espectaculares. Estas nuevas fiestas tratan de quitar protagonismo a algunas de las fiestas tradicionales, con el fin de enaltecer el nuevo orden.

En cuarto y último lugar, encontramos un elemento utópico, una meta a la cuál llegará toda la sociedad si cumple con las pautas que marca la ideología, manifestadas en las directrices del líder. Esto comparte cierto sentido de destino o fatalismo, ya que hay una creencia en que la ideología inevitablemente triunfará al final.

Podemos concluir que una religión política es aquella que politiza y se apropia de ciertos elementos religiosos, con el fin de cohesionar a los miembros de una sociedad en torno a una ideología. Estos seguidores estarán guiados por un guía, espiritual y político, que es el máximo exponente de dicha ideología.

2. El Comunismo como religión política

A nivel doctrinal, la teoría marxista presenta varios rasgos similares a los de la religión cristiana. La concepción historicista de la lucha de clases como una lucha constante entre el bien (trabajador) y el mal (propietario), recuerda mucho a la concepción dualista cristiana de Dios contra Satán. También, la visión teleológica de que el comunismo conducirá a una sociedad socialista sin clases, como una predeterminación histórica de los hombres, tiene cierta analogía con la idea de destino determinada por la voluntad divina, es decir, la Providencia, que finalmente llevará al juicio final y a la salvación.

La estructura del movimiento comunista también muestra paralelismos con la estructura de la Iglesia. El partido comunista dispone de una organización fuertemente jerarquizada, y es el guardián legítimo de la verdad absoluta, que está científicamente asegurada, así como en la Iglesia ésta es revelada. Ambas estructuras presentan una misión universalista en sus dogmas. Si bien hay que matizar que la Unión Soviética no tuvo en todo momento una actitud expansionista, el *leitmotiv* internacionalista tuvo gran presencia en la doctrina comunista.

Como toda religión necesita definir claramente su comunidad, el partido puso un fuerte énfasis en la creación y consolidación de una comunidad de oprimidos, que terminó por incluir a toda una nación. Se trataba de una comunidad que albergaba la creación de un hombre nuevo, despojado de pecados y de espíritu puro. En el comunismo, la conciencia (en un sentido moral) y la autoconciencia (entendida como el saberse parte de un entramado que sostiene a toda una comunidad, o dicho de otra forma, saberse responsable como parte de un todo mucho más importante) jugaban un papel decisivo. La educación de los niños era un asunto crucial: Ya desde la más tierna infancia debían ser miembros del colectivo. De ahí que en algunos países se impusiera una disciplina educativa basada en internados y campamentos de verano, en vez de dejar parte de la tarea educativa a las propias familias; como por ejemplo sucedió en el caso de la República Democrática Alemana. “El partido comunista exigía una identificación incondicional con la causa revolucionaria y con el movimiento que luchaba por esa causa”³. La posibilidad de ir contra el partido no estaba contemplada, y si tal cosa sucedía era considerada como un pecado, una “traición” en sí misma. De nuevo esto nos recuerda a los mecanismos de la Iglesia y su capacidad de

³ Kula, M. *Communism as Religion*, p.375 (artículo de la revista digital *Totalitarian Movements and Political Religions*, vol. 6, no. 3, 371-381, December 2005)

excomulgar al hereje. Y es que tanto en el comunismo, como en el dogma cristiano durante la Contrarreforma, la herejía ha sido considerada uno de los pecados más graves y que más fuertemente se ha castigado.

Se puede percibir el movimiento comunista como una orden religiosa. Un miembro del partido tiene que entregarse en cuerpo y alma a la causa y ser modelo para el resto del movimiento a nivel nacional e internacional. Se exige una disciplina cuasi monacal: obediencia, entrega y sacrificio. El partido representa *la* ideología, y toda la actividad de los miembros debe girar entorno a sus cánones de exigencias. Esto refuerza el sentimiento de hermandad dentro de la comunidad de iguales.

Otro aspecto a destacar es que el comunismo disponía de un “panteón de personalidades que jugaban un papel importante en su historia, y que estaban ordenados según su rango en la estructura jerárquica. Estaba el ‘creador’ barbudo, luego su discípulo, el discípulo del discípulo y otros numerosos servidores y gente dotada de una ‘gracia’ especial”. Un ejemplo de ello es el culto que recibe Lenin, quién se encuentra embalsamado, y así inmortalizado, como las reliquias de un santo cristiano. Otro ejemplo es el culto que recibió Stalin, adorado como una divinidad y considerado la reencarnación de Lenin (todavía hoy hay quien enciende velas por él y lleva flores a las estatuas que todavía quedan en pie en el Cáucaso).

Por último, cabe destacar que el Comunismo disponía de “lugares sagrados”. El mausoleo de Lenin tiene para los viejos comunistas la misma relevancia que para los cristianos la Iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén para venerar a Jesús. Moscú era la ciudad sagrada, y su Plaza Roja, al igual que para los cristianos Roma, el Vaticano y la Basílica de San Pedro. Ambas ciudades eran destino de peregrinación. También disponía de libros sagrados, como *El ABC del Comunismo* de Bukharin y Preobrazhensky, o el *Libro Rojo* de Mao Tse Tung. Se disponía de un calendario litúrgico, en el cual la festividad más notoria era el Primero de Mayo, y se conmemoraban las fechas de nacimiento de los “santos” comunistas. Incluso el desfile del Primero de Mayo tenía semejanzas con las procesiones de Semana Santa.

Todos estos aspectos religiosos del comunismo nos llevan hoy a preguntarnos a qué se deben estas obvias similitudes con el cristianismo, máxime cuando Marx había dejado dicho que “la religión es el opio del pueblo”. De hecho, el comunismo luchó fervientemente contra la Iglesia. ¿Cómo puede ser entonces que haya desbancado a la religión tradicional para luego reproducir pautas parecidas? Kula nos ofrece una buena conclusión: al fin y al cabo, quienes construyeron el sistema estalinista eran personas de las capas más bajas de la sociedad. Estas personas reflejaron su sistema de valores rural, el de una Rusia premoderna. Aplicaron las pautas que les resultaban familiares y las únicas que conocían: las del pensamiento y comportamiento religioso.⁴

Esta respuesta resulta muy interesante porque apunta a una necesidad humana básica de trascendencia. Todas las culturas y civilizaciones a lo largo de la Historia han establecido un sistema de relación con la divinidad. Y aunque Occidente haya tratado de racionalizar la existencia humana, no ha conseguido erradicar la idea de Dios ni el misticismo. La Ilustración ofrece una explicación alternativa del pasado, presente y futuro, pero en el fondo es un sistema que se basa en la tradición cultural cristiana. De la misma forma, el sistema estalinista no ha podido desprenderse por completo del bagaje cultural que supone la religión cristiana en la cultura rusa.

4 *Ibid.* p.380.

3. Lógica estalinista

En la lógica estalinista el partido juega un papel fundamental. El partido encarna la dictadura del proletariado, obteniendo un poder ilimitado, por el bien del desarrollo del materialismo histórico, y ostenta una fe determinista. El partido encarna la ideología y es el principal gestor de todo el aparato político. El partido, como tal, es incuestionable, como lo fue la Iglesia durante la Edad Media y durante la época de la Rusia zarista.

A la cabeza del partido se encuentra el secretario general del partido, un líder infalible, como el Papa. El líder controla la organización del partido, su persona es objeto de culto y veneración. Stalin era alabado y admirado en sus apariciones en público, y sus declaraciones aceptadas sin resistencia. Así mismo se podía observar una exagerada presencia, o mejor dicho, omnipresencia del líder: retratos, bustos, estatuas, películas, himnos, etc., tanto en lugares públicos como en las casas (el archiconocido *Gran Hermano* orwelliano está inspirado en los poderosos y abrumadores retratos de Stalin). También era idolatrado, ya que se había presentado a sí mismo como el legítimo sucesor de Lenin. Los artistas escribían obras que le rendían culto y hubo ciudades, calles y edificios que adoptaron su nombre (como Stalingrado). Era el pastor del pueblo, una persona con cualidades divinas.

Los símbolos y los ritos cobran especial fuerza. El comunismo está asociado al emblema del martillo y la hoz. Estos representan la vida diaria de los campesinos y los trabajadores. Este símbolo fue cobrando más y más fuerza hasta convertirse en el oficial, representado en la bandera de la URSS. La máxima expresión fue la colosal estatua del trabajador y la campesina que se creó para la Exposición Internacional de París de 1937. Los desfiles y marchas del Primero de Mayo también servían para exaltar la grandeza del sistema comunista. Se trataba de marchar, actuar y luchar unidos. El colectivo lo era todo, se perdía el individuo entre la masa en la Plaza Roja. Los emblemas iban más allá de las representaciones políticas habituales (como las banderas o los himnos nacionales). La propaganda trataba de exhibir un repertorio propio y genuino de símbolos e imágenes, que mostraran el fin comunista de la creación de un orden y un hombre nuevo.

El otro lado de la moneda lo constituía la feroz represión de la disidencia. El sistema monolítico impulsado por Stalin no admitía la más mínima crítica a la línea única oficialmente proclamada. De esta forma, cualquier opositor se arriesgaba a la persecución, el arresto, la deportación, el destierro e incluso el fusilamiento. “El terror se hace necesario para eliminar toda resistencia en la sociedad contra la presión del partido. Estado, desde una perspectiva de eficacia, pero también de ejemplaridad. Y también para eliminar la disidencia interna”⁵. Y es que la persecución casi enfermiza de la herejía que realizó Stalin llegó a unos límites atroces. La caza del hereje era uno de los puntos centrales de la estrategia estalinista. Con la excusa de llevar a cabo una minuciosa lucha de clases, legitimó el castigo, la tortura y las ejecuciones generalizadas. Las purgas masivas realizadas contra cualquier enemigo, los *Gulags*, levantaron todo un arsenal de policía secreta que gestionaba toda esta maquinaria de represión sistemática. Constantemente se ‘re-escribían’ los acontecimientos históricos, modificando y retocando incluso las fotografías. Famoso es el caso de Trotsky, que una vez declarado enemigo del régimen, fue eliminado de varias fotografías en las que aparecía junto a Stalin (lo que nos remite a la constante reelaboración de los hechos históricos en el *Ministerio de la Verdad* de 1984, parodiando al comunismo

5 Elorza, *El hilo conductor: el estalinismo*, en *Historia* 16, nº, 169, p. 35.

estalinista). Un elemento característico era la arbitrariedad y el oportunismo con el cual alguien que pertenecía al nosotros de la causa revolucionaria podía pasar en cualquier momento a ser 'el otro' y ser suprimido.

Desde una perspectiva de la política, Stalin tomó en préstamo símbolos y prácticas de la religión cristiana creando una auténtica religión política al servicio de su interpretación del marxismo-leninismo.

4. Aproximación literaria: La novela distópica

El impacto social que ya en su tiempo causó el estalinismo fue notable y la literatura no fue ajena a su influencia. A través de la experiencia totalitaria comunista surgió un nuevo subgénero literario: la distopía. Una distopía es una presentación hiperbolizada de un futuro indeseable con el objetivo de hacernos valorar la realidad presente en la que vivimos. Nos ayuda a (re-)contextualizar al hombre en el espacio, gracias al entorno, y en el tiempo, gracias a la memoria.

La primera novela de éste género es precisamente la obra rusa *Nosotros*, escrita en 1920 por Yevgueni Zamyatin. En ella el autor describe una sociedad totalizada, regida por las matemáticas. Es una sátira que lleva los aspectos totalitarios y conformistas de la sociedad industrial moderna hacia sus consecuencias más extremas. Con esta novela Zamyatin se muestra crítico con el régimen bolchevique, especialmente con la censura, que tuvo que experimentar en primera persona.

La obra describe un mundo autócrata, dirigido por las matemáticas y donde todo está regulado y racionado en la sociedad. Es una nación urbana protegida por un muro verde y en ella todo está construido de cristal. Todo está medido para que tenga una utilidad, o si no, es desechado. Las casas de cristal responden a una función de panoptismo: todo el mundo controla a todo el mundo. Y el destino de los habitantes es la desindividualización: el más claro ejemplo es que son cifras (el protagonista se llama D-503), ya que el Estado sostiene que la causa de la infelicidad es la voluntad libre. Zamyatin toma así los aspectos totalizadores de la sociedad moderna industrializada y los radicaliza. Nos hace ver que la ciencia y la tecnología nunca deben instrumentalizar al hombre, sino al contrario, deben ser herramientas para su felicidad.

Lo que nos interesa resaltar de esta obra es que también incluye elementos religiosos para construir una sociedad totalitaria ficticia. A lo largo de toda ella hay constantes referencias a la Biblia: "A aquellos dos habitantes del paraíso se les planteó la alternativa siguiente: O la felicidad sin libertad o la libertad sin felicidad. Y aquellos mentecatos eligieron la libertad, como era de esperar. Naturalmente, durante siglos añoraron las cadenas. A esto se resume toda la miseria de la humanidad"⁶. Este fragmento esclarece muy bien el sentimiento comunista de haber superado las creencias religiosas y suponer que la sociedad se encuentra en un nivel de consciencia y racionalidad superior: el materialismo. "Su dios no les brindaba más recompensa que una búsqueda eterna, martirizante, y a aquel dios no se le ocurría cosa mejor que sacrificarse por ellos por un motivo impenetrable"⁷. Los diez mandamientos cristianos han sido adaptados a las necesidades y exigencias del sistema: "en la clase de religión no aprendimos, claro está, los diez mandamientos de

6 Zamyatin, Y., *Nosotros*, Buenos Aires, Grupo Editor de Buenos Aires, 1975, p. 28.

7 *Ibid.* p. 21.

nuestros antepasados, sino las leyes del Estado Único”⁸. El protagonista de la obra cree firmemente en la racionalidad y la funcionalidad, no tiene sentido para él un Dios trascendente. Sin embargo, no analiza cómo las pautas que él sigue, son de naturaleza religiosa y se emplean al servicio de la ideología para exigirle obediencia. Igualmente está presente en todo lo momento la veneración hacia el líder: “Nosotros brindamos a nuestro Dios, al Estado Único, un sacrificio racional minuciosamente pensado”⁹. Se trata de un líder divinizado e inalcanzable, abstracto: el Bienhechor.

La gestión de la herejía también aparece en la novela: A los herejes se les realiza la Gran Operación, que consiste en una lobotomización de la parte del cerebro responsable de la imaginación. De esta forma, el régimen dispone de un eficaz sistema de reinserción en la sociedad del pensamiento único. Otra forma de garantizar la uniformidad es que los habitantes actúen como espías de sus propios vecinos, denunciando cualquier irregularidad (hecho que se dio de facto en los sistemas totalitarios reales). Además, el Estado cuenta con un poderoso y eficiente sistema policial, los “Guardianes”, que ejercen el control, la prevención, la vigilancia y la represión.

Otra obra a señalar en este contexto es la más conocida *1984* de George Orwell. Entre sus propósitos a la hora de escribir dicha obra figura la alerta sobre el sistema totalitario en la Rusia soviética.

Uno de los aspectos más llamativos de la obra es que alcanzar el bienestar y la felicidad de la sociedad mediante un tipo de organización no es un fin en la novela. A diferencia de los deseos de mejora y obsesión por el perfeccionamiento de la sociedad en la obra de Zamyatin, en *1984* la finalidad se ha apoderado de los objetivos convirtiéndose en un fin en sí mismo: el régimen es una máquina para la perpetuación del poder. Se persigue el poder por el poder, la voluntad de dominación pasa de ser un medio a ser su propio fin. Los individuos son incitados a la irracionalidad mediante parejas de conceptos: la santificación y la demonización, la excitación y la exacerbación. Éstos sirven de herramientas para lograr una comunión colectiva de los individuos al servicio del Estado. La tecnología, la ideología y los elementos religiosos sirven de mecanismos de obediencia. Incluso la oposición y la disidencia están integradas en el sistema, de modo que el individuo no tiene forma alguna de salirse de Gran Hermano (es sometido a un brutal proceso de reinserción social a base de torturas exacerbadas, como también ocurrió durante el estalinismo). El régimen utiliza la capacidad del ser humano para desarrollar pasiones al más puro estilo hobbesiano, que se sobrepone a su capacidad de razón y le empujan a actuar de un modo precipitado. La pasión ensalzada en este caso es el odio acérrimo hacia el enemigo. Mediante la propaganda continua, los carteles, los “dos minutos de odio”, los desfiles militares, los discursos políticos, etc. el Estado consigue concentrar toda la atención en el enemigo del momento. De esta forma se consigue una contraposición radical entre lo santificado (el Partido) y lo demonizado (el enemigo).

Es una anticipación de un futuro muy oscuro, pero muestra con claridad la naturaleza totalitaria de las ideas y la razón cuando son aplicadas irrestrictamente. La razón tiende hacia lo absoluto e incondicional. Paradójicamente la voluntad de aplicar esas ideas implica la destrucción de esa naturaleza y del hombre. Nos advierte de que el totalitarismo trata de acabar con todo contexto cultural y social, que pueda servir de caldo de cultivo a la imaginación, algo que los sistemas totalitarios han tratado de acorralar al máximo, pues es la mejor forma de escapar a una férrea disciplina impuesta al ser humano.

⁸ *Ibid.* p. 19.

⁹ *Ibid.* p. 21.

5. A modo de conclusión

Hemos podido observar a lo largo de este trabajo la eficacia que puede llegar a tener los elementos religiosos si son aplicados para servir a los fines de una ideología. Estos elementos apelan a una tradición profundamente arraigada en la cultura y por lo tanto tienen más éxito a la hora de exigir obediencia y veneración. La religión, por su parte, ha estado históricamente ligada al poder y ha proporcionado el bagaje cultural y moral de la civilización. No hay proceso ni esfuerzo de secularización que pueda borrar ese profundo poso.

El estalinismo no pudo desprenderse de él, en parte porque su base social era premoderna, rural y tradicional. La ortodoxia con la cual realizó ritos, fiestas y condenas de la herejía reflejan esta sociedad tradicional. El mero hecho de que Stalin recibiera educación en un seminario, hace que su forma de diseñar el aparato político estuviera influido por esos conocimientos adquiridos.

Esos elementos religiosos, tan profundamente arraigados en nuestra cultura, quedan también reflejados en la literatura que alerta sobre sistemas totalizadores de la sociedad. Es decir, incluso en la ficción estos elementos religiosos tienen su función para provocar el efecto o la reflexión deseada los autores distópicos.

¿Cuál será el enigma de lo religioso, fenómeno tan polifacético?

BIBLIOGRAFÍA

- ARENDRT, H. *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Hachette, Brace & Co., 1951
 BURLEIGH, M. *Causas sagradas : religión y política en Europa de la Primera guerra mundial al terrorismo islamista* (traducción de José Manuel Álvarez Flórez); Madrid, Santillana Ediciones Generales, cop. 2006.
 BOOBYER, P. *The Stalin Era*, London, Routledge, 2000.

BIBLIOGRAFÍA LITERARIA

- ZAMYATIN, Y. *Nosotros*, Buenos Aires, Grupo Editor de Buenos Aires, 1975.
 ORWELL, G. *1984*, London, Penguin, 1981.

ARTÍCULOS DE INTERNET

- LEWIN, M. *El Estalinismo y el Síndrome de la Herejía*, <http://www.monde-diplomatique.fr/livre/sieclesovietique/extraite> Traducción: Round Desk
 ELORZA, A. *El hilo conductor: el estalinismo* (en Historia 16, 169).
 Artículos de la revista digital *Totalitarian Movements and Political Religions*: (London, Three issues yearly, Frank Cass, ISSN 1469-0764).
 MAIER, H. *Political Religion: A Concept and its Limitations* (vol. 8, no. 1, March 2007).
 MAIER, H. *Political Religions and their Images: Soviet communism, Italian fascism and German national socialism* (vol. 7, no. 3, September 2006).
 GENTILE, E. *Political Religion: A Concept and its Criticas- A Critical Survey* (vol. 6, no. 1, June 2005).
 KULA, M. *Communism as Religion* (vol. 6, no. 3, December 2005).
 LAMBERT, P. & MALLET, R. *Introduction. The Heroisation- Demonisation Phenomenon in Mass Dictatorships* (vol. 8, nos. 3-4, September/December 2007).